

**19/20 APUNTES SOBRE LA INSURRECCIÓN**

AUTOR: CECILIA COSTA ALVAREZ.

ESTUDIANTE AVANZADA DE LA LICENCIATURA EN SOCIOLOGÍA. FAHCE / UNLP

e-mail: costalva@yahoo.com.ar

MESA: EL PODER EN MOVIMIENTO

III° JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP “LA ARGENTINA DE LA CRISIS. RECOMPOSICIÓN, NUEVOS ACTORES Y EL ROL DE LOS INTELLECTUALES”

10, 11 Y 12 DE DICIEMBRE DE 2003. LA PLATA. FAHCE. UNLP

*“...plantear la cuestión de la conciencia de clase supone preguntarse cuál es el aparato de percepción y expresión de que dispone la clase para pensar y hablar su condición...”*

Pierre Bourdieu, Cuestiones de Sociología.

La organización de la acción colectiva ocurrida durante el mes de diciembre de 2001 en Argentina fue posible por un cambio en la estructura de oportunidades políticas, producto y expresión de una situación de crisis orgánica. El saldo de esos sucesos, conforme al proceso histórico en que se inscriben, es una recomposición de los lazos sociales entre la población; al tiempo que hacen posible la apertura de un proceso político de reformas. El objetivo de este trabajo es entonces ver cómo y por qué han sucedido estos hechos, considerando sus antecedentes en las acciones colectivas recientes, así como la novedad que presentan sobre la historia argentina.

---

### *Introducción*

Las preguntas que guiarán el análisis de los hechos ocurridos durante las jornadas del 19/20 de diciembre de 2001 en Argentina giran alrededor de los *por qué, cómo y cuando* se hace posible esta acción colectiva, y en este sentido utilizaré las herramientas conceptuales que propone Sidney Tarrow en El poder en movimiento... ¿ Se pueden pensar estos hechos como una acción colectiva de protesta? ¿Cómo insurrección frente al poder establecido? ¿Qué elementos actúan predisponiendo a los sujetos para la lucha y el enfrentamiento al poder del Estado? ¿ Estamos ante un ciclo de protesta? ¿Cuál es el saldo que dejan estos acontecimientos?

Aclarando que excede los límites de este trabajo hacer un recuento y clasificación sistemática de la totalidad de las acciones que tuvieron lugar en el período analizado, mi interés aquí es hacer una reflexión general acerca de los hechos, en el sentido arriba planteado.

Considerar sus antecedentes implicará entonces hacer un sintético recorrido alrededor de los procesos de luchas populares recientes, destacando sus principales elementos para pensar cuáles catalizan alrededor de los hechos que analizo.

Identificar las novedades implicará asimismo encontrar los elementos para reconocer las rupturas y las modificaciones que estos hechos pueden imprimir sobre el conjunto del mapa de la acción y de la “agenda” política nacional, a través de la identificación y el análisis de las características y consecuencias de estos hechos; enfocando la mirada sobre las disposiciones de sus protagonistas.

El recorte específico alrededor de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 se fundamenta en el carácter fuertemente disruptivo de la acción colectiva que se desarrolla entonces, en la confluencia de novedades en las formas que asume la acción, la clara disposición al enfrentamiento de los sujetos, así como en la trascendencia de sus consecuencias.

Especificándolo aún más, el recorte podría plantear que el objeto a abordar es la acción colectiva que se abre en el mes de diciembre de 2001 en Argentina, con epicentro en la Capital Federal y que se extiende hasta principios del mes de enero, *cuyo punto de condensación* si se puede decir de esta manera, *se concentra en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001*. ¿Por que específico esto? : porque circunscribiendo el análisis solamente a esas jornadas quedarían por fuera muchos aspectos que considero claves para su análisis, fundamentalmente en lo que respecta a las oportunidades que hacen posible la

acción, al proceso de gestación de ésta, así como a las novedades que adquiere a partir de entonces la acción colectiva.

El supuesto teórico que guía el análisis es que, concomitantemente a la transformación del patrón de acumulación y valorización del capital, se produce necesariamente una transformación en la estructuración de las clases sociales; donde el cambio en la correlación de fuerzas entre capital y trabajo a favor del primero, repercute en la estructuración de la clase que vive del trabajo, generando transformaciones muy profundas en sus patrones de reproducción. De aquí que nos encontremos con “nuevos sujetos” cuyas prácticas no refieren inmediatamente al mundo del trabajo ni a una identidad de clase definida.

Entendiendo que concomitantemente al proceso de cambios estructurales se operan modificaciones en la estructuración de los sujetos y en sus relaciones, se puede inferir que se modificarán entonces sus prácticas en clave de la trama de relaciones en que se inserten, los recursos de que dispongan, las posiciones que ocupen y las modificaciones del contexto en el que se encuentran. Esto no debe interpretarse como que todo es “novedoso”, planteo esto teniendo presente desde ya la dinámica compleja de los procesos sociales donde estos elementos – que no alcanzan aún su pleno desarrollo -, conviven con otros preexistentes, propios de patrones sociales anteriores o en descomposición.

De acuerdo con Bourdieu, la lógica de acumulación del capital funda hoy su dominación sobre la *institución de la inseguridad*: la dominación por la precariedad, que deviene principio organizador del trabajo y *modo de vida*; de aquí que la acción colectiva, enfrentando directamente al capital y al Estado, agente garantizador de esta institucionalidad; recompone la socialidad a mi entender en el campo de los modos de vida, entendidos como mediación y terreno concreto en el que se desarrolla la lógica del modo de producción.

De este modo, junto a las características que asume hoy la dominación capitalista, pretendo ver cómo a partir de la acción colectiva se recomponen los lazos sociales, expresando solidaridades en clave de las necesidades actuales, surgidas de las condiciones de producción y reproducción del sistema social.

En este sentido debería preguntarse si estos hechos fueron una reacción frente a la destrucción motivados, como señala Tarrow, por sensaciones generalizadas de injusticia, que en su desarrollo generan y dejan como saldo un cambio - no siempre consciente - en las disposiciones de los actores frente a los mecanismos de la dominación.

Esta línea de análisis debería permitir entender entonces *quiénes y cómo* protagonizaron los hechos de diciembre de 2001, y cuáles son los saldos de su acción.

#### *Transformaciones recientes en el mapa de la acción*

Mirando hacia atrás y enfocando la década de los '90 en Argentina, se encuentran una serie de procesos imbricados, con eje fundamentalmente en el proceso de reformas estructurales y sus consecuencias. Sintetizando se puede indicar a grandes rasgos que las transformaciones operadas alrededor del patrón de acumulación del capital, la transformación concomitante del aparato del Estado, y la consecuente transformación y re(des)ordenamiento de las relaciones sociales fundamentalmente alrededor del mundo del trabajo, pero no solo *en* el mundo del trabajo, conformarán un nuevo "mapa", un terreno plagado de novedades en términos de los desarrollos que en éste asuman las acciones colectivas.

La década de los '90 comienza con los *saqueos* que marcan el final del gobierno de Alfonsín en 1989 y el terreno donde el menemismo implantará con éxito su programa de reforma estructural. Estos

hechos quedan sujetos, al menos en el imaginario social, a aquello que rápidamente en la década siguiente será dejado atrás, como parte “de lo viejo”, de aquello que se supera a partir de las reformas. Cabe destacar el carácter *primitivo* de los saqueos, donde no se constituyen identidades y donde los enfrentamientos no pasan de ser choques entre particulares (Cotarelo, 2002).

En el año 1993 se producirá el “*santiagazo*”, acción que no deja saldos organizativos inmediatos pero marca un enfrentamiento directo al poder del Estado y a sus funcionarios, elevando el nivel de la confrontación (Cotarelo, 2002).

Pero marcarán fundamentalmente el comienzo visible de los cambios operados en la estructura social, y consecuentemente en las problemáticas, objetos y medios de lucha de las clases subalternas los *cortes de ruta* ocurridos en Cutral- C6 en 1996/97. Es a partir de aqu4 que se unifican nuevos problemas - consecuencias del proceso de reformas - con nuevos m6todos, formas de organizaci6n y de representaci6n, y de resoluci6n y de negociaci6n de los conflictos, alrededor de nuevas demandas. A partir de aqu4 se conjugan el enfrentamiento con la constituci6n de identidades, arrojando un saldo organizativo, sentando las bases para la gestaci6n y posterior organizaci6n del Movimiento Piquetero.

Este proceso de organizaci6n se da a la par de la ca4da del poder de representaci6n y movilizaci6n de las organizaciones sindicales cl6sicas, como canalizadoras del conflicto.

Para el final de la d6cada se encuentran nuevos actores organizados ya a nivel nacional, con una identidad constituida: “*piqueteros*”, que centran su estrategia en la movilizaci6n disruptiva para canalizar sus demandas; y que expresan con su existencia las nuevas condiciones y caracter4sticas de la din6mica de la lucha social. Es fundamental a4adir adem6s que la din6mica de la acci6n colectiva a lo largo del per4odo transformar6 la pr6ctica del corte de ruta en una acci6n modular que ser6 utilizada por distintos

actores en distintos momentos y lugares, orientándola hacia diferentes objetivos, pasando a formar parte de los nuevos repertorios de la acción; al tiempo que acciones como las asambleas de vecinos y el rechazo a la mediación de miembros de los partidos políticos tradicionales en los conflictos, se difunden.

### *La crisis se acelera*

En este contexto se producen las elecciones nacionales de 1999. La Alianza UCR – Frepaso que resulta victoriosa centrando su discurso en la lucha contra la corrupción - sin poner en discusión el modelo económico - pronto mostrará sus límites, frustrando las expectativas de reforma que depositara en ella la mayoría de la población.

Se puede decir que el de la Alianza fue un gobierno débil porque no pudo organizar y articular el consenso que lo llevó al poder, ni entre la población, así como tampoco en su interior. Síntomas de esta incapacidad fueron, entre otros, la renuncia del vicepresidente, recurrentes modificaciones en el gabinete de gobierno, y el cambio acelerado de ministros de economía, para terminar recurriendo finalmente a Domingo Cavallo – quien diez años antes implementara el Plan de Convertibilidad desde el mismo ministerio -, depositando en su figura la representación de poderes cuasi mágicos para la resolución de los problemas, por otra parte absolutamente estructurales, de la economía.

Los factores económicos que cercaron el margen de maniobra de las políticas del Estado giran fundamentalmente alrededor del agotamiento de las condiciones que hicieron posible la Convertibilidad, conjugados con la presión que ejercieron los vencimientos del pago de la deuda externa. En este contexto la única respuesta del gobierno fue la aplicación de medidas de ajuste ortodoxas - en un claro alineamiento con las exigencias planteadas por los acreedores -, recortando aún más el gasto público, para llegar directamente al recorte de salarios del 13% en el Estado durante el año 2001.

La relación entre el Estado y la beligerancia popular registrará un recrudecimiento de la represión para el final de 1999, apenas asumido el gobierno de la Alianza, cuando es desalojado un corte de rutas que mantienen los trabajadores estatales en la provincia de Corrientes, dejando como saldo dos manifestantes muertos por la gendarmería. Las acciones de protesta aumentarán al año siguiente, alrededor del crecimiento en la organización del Movimiento Piquetero, difundiendo los conflictos desde el interior hacia la Capital Federal.

El año 2001 encontró movilizados de este modo a distintos sectores afectados por las políticas que implementa el gobierno. Se movilizan los estudiantes, los trabajadores del Estado prácticamente durante todo el año a partir del recorte salarial; y es en este año cuando se producen las primeras acciones del Movimiento Piquetero coordinadas en un plan de lucha a nivel nacional, y se produce al mismo tiempo la institucionalización y la diferenciación al interior de dicho movimiento fundamentalmente de dos sectores, producto de diferencias en sus posicionamientos y prácticas de enfrentamiento y negociación con el Estado. En este año también se produce la primer movilización masiva contra el ALCA en la Capital Federal.

Cuando en octubre de ese mismo año se llevan a cabo elecciones legislativas en todo el país los porcentajes de abstención y voto negativo alcanzan en muchos distritos la primera minoría, alcanzando el 40% del total de votos, llegando a niveles inéditos para la historia argentina (a excepción del período de proscripción del peronismo); de modo que los candidatos elegidos por los votos positivos ocupan objetivamente el lugar de la segunda minoría.

Estas elecciones indicaron entonces el estado de ánimo de la mayoría de la población y su rechazo hacia la “clase política”. Es importante tener en cuenta lo que plantea Yann Basset acerca de la

composición social del “voto bronca”, cuando señala que fueron los sectores urbanos más integrados quienes se volcaron masivamente hacia él, englobando a toda la clase política en un mismo rechazo; entendiendo que no se equivoca cuando plantea que esta práctica puede encarnar un afán de ciudadanía más allá de las representaciones partidarias. Es este afán lo que subyace y se expresará, canalizándose de diversas maneras durante las jornadas de diciembre.

### *Los hechos*

El desencadenante inmediato del cambio cualitativo en el proceso de luchas estará dado por las medidas que se implementan desde el Ministerio de Economía con Cavallo en su dirección, a fin del mes de noviembre de 2001, producto de la profundidad de la crisis económica y política que se agudizara durante todo ese año. Estas implicaron fundamentalmente la expropiación del ahorro en manos de los bancos y el establecimiento de montos máximos de extracción de dinero que, en un sistema salarial altamente bancarizado, resultó en otra expropiación directa sobre los salarios, además de los ahorros.

Se determina de este modo una situación en la que se expanden y agudizan los agravios a prácticamente todos los sectores sociales, al mismo tiempo que se agudizan las disputas al interior de los sectores dominantes, y los enfrentamientos y movimientos dentro de las distintas facciones del gobierno.

Entiendo que en la raíz de esta ampliación de los agravios que implica el establecimiento del “corralito financiero”, se produce un develamiento objetivo de la naturaleza de clase del Estado y su función cuando, a la expropiación pública que se realizara sobre los salarios vía recorte del 13% se suma ahora, *por decisión del Estado* la expropiación privada vía “corralito”.

Este tipo de medidas transparenta violentamente las contradicciones que se ocultan tras los velos que presentan separadas y enfrentadas las esferas de lo público y lo privado. De esta manera se hacen más visibles las contradicciones del capital. Su contracara es el creciente carácter secreto y el ocultamiento que asumen las políticas del Estado, en tanto sus verdaderos objetivos se tornan inconfesables; mecanismo que es presentado como “crisis de la política” (Pucciarelli, 2002). La agudización de la crisis o su distensión dependerán entonces, fundamentalmente, de decisiones y posicionamientos *políticos*.

De esta manera encontramos a principios de diciembre una situación en la que se produce una apertura de la *estructura de oportunidades políticas* entendida como *dimensiones del entorno político que ofrecen incentivos para la participación en la acción colectiva, al afectar las expectativas de éxito o fracaso de los actores* (Tarrow, 1997). La división en el seno de la elite opera en este sentido, modificando la estructura, y aquí nos encontramos con divisiones tanto dentro del gobierno como entre las distintas fracciones de la burguesía.

Dentro del Estado se producen también movimientos y pujas entre el gobierno y la principal oposición – PJ -, cuyo contenido último puede resultar desconocido. El gobierno y la mayoría de los medios elaboran entonces la teoría de la “conspiración”, desde donde pretende explicarse la crisis como una jugada de cúpulas y “punteros” políticos desestabilizando y conspirando desde el interior del Estado. Desde esta lectura la acción colectiva queda rebajada a un acto prácticamente irracional llevado adelante por sujetos “manejados” u operados por oscuros punteros políticos, combinado en el mejor de los casos con ciudadanos indignados (y confundidos), actuando a la cola de una oscura operación desestabilizadora.

Al respecto considero que hay que ubicar este análisis en su sitio. Es cierto que durante la crisis el débil gobierno de la Alianza intentó reforzar su institucionalidad buscando apoyo en la oposición del PJ,

sin obtener colaboración por parte de este partido. Es cierto también que hubieron “punteros” movilizándolo redes clientelares de “saqueadores”. Así como también es cierto que para ello hubo connivencia desde algunos sectores de la policía. Ahora, ello no puede explicar todo el desarrollo de la acción colectiva, ni sus fundamentos.

Considero que estos hechos que tienen parte de verdad, se entienden mejor desde la incapacidad manifiesta del gobierno para articular el consenso al interior del Estado y hegemonizar su dirección política; resultándole imposible ejercer entonces el control y la dirección de sus aparatos, que pueden entonces accionar según sus lógicas e intereses faccionales. Una vez más, Tarrow ensaya una explicación que permite entender cómo, en esta situación de divisiones al interior de la elite los sectores de ésta que se encuentran en la oposición aprovechan la situación “subiéndose a la ola” para sacar partido de ello. El desafío que genera la acción colectiva desde el exterior da una oportunidad a estos sectores para primar su carrera. En este sentido es factible – como veremos – que sea esta elite quien introduzca reformas en su agenda y en su discurso, reacomodándose. De esta manera el PJ deja de ser el agente organizador de la acción colectiva de acuerdo con sus intereses faccionales, para ser un actor más que se posiciona en los hechos. Y si esto no quita desde ya que haya existido la conspiración, la misma pierde terreno como explicación totalizante.

Retomando la cuestión de la apertura de la estructura de oportunidades políticas, entiendo que se produce una apertura en el acceso a la participación provocada por la generalización de los agravios en una sociedad que ya se encuentra movilizadora sectorialmente durante todo el período, ampliando los motivos para la protesta a otros sectores.

Tarrow señala dos situaciones más que influyen en el cambio de la estructura de oportunidad y que son los cambios en los alineamientos de los gobiernos y la disponibilidad de aliados influyentes.

Respecto del primero, se puede decir que sucede prácticamente con la asunción de la Alianza, como indicara más arriba: las expectativas de cambio que depositara en ella la mayoría de la población se ven frustradas prácticamente desde el inicio de la gestión, fundamentalmente alrededor de la profundización del ajuste. De aquí el aumento de la movilización desde el inicio del período, y el aumento de la represión que el gobierno ensaya como única respuesta.

Respecto de la disponibilidad de aliados influyentes para la gente “de a pie” – aquella que generalmente carece de acceso a las oportunidades abiertas en el poder -, sí son las últimas medidas en materia económica las que los generan: salvo los sectores mas concentrados del capital, las medidas agravan incluso a gran parte de la burguesía, que se encuentra organizada corporativamente y tiene alguna capacidad de presión y negociación con el Estado.

Esta apertura de las oportunidades permite la movilización de prácticamente todos los sectores sociales, pasando paulatinamente de la protesta corporativa a la movilización de toda la población. El 12 de diciembre se movilizan trabajadores de distintas centrales sindicales, los movimientos de trabajadores desocupados, comerciantes, jubilados, estudiantes, ahorristas y grupos de vecinos.

Sus repertorios incluyen marchas, cortes de rutas y de calles y concentraciones frente a edificios públicos. Esa noche se producen por primera vez en estos días “cacerolazos” en algunas ciudades. Estos cacerolazos forman parte de una convocatoria del CAME - asociación corporativa de una fracción menor del empresariado -, pero a ellos se adhieren los vecinos en forma espontánea.

El 13 se realiza una huelga general convocada por todas las centrales sindicales. Ese día se producen los primeros saqueos en el interior del país. Los días que siguen hasta el 18 de diciembre continúa la movilización donde confluye en ascenso la combinación de acciones convocadas por distintos

actores organizados, con acciones de carácter espontáneo. Se producen tomas de bancos a partir de la acción de grandes grupos de personas que se encuentran dentro de los locales, a raíz de los problemas que origina el “corralito”, radicalizándose. Se extienden los saqueos, hay enfrentamientos callejeros con las fuerzas de seguridad del Estado en distintos puntos del país, continúan por las noches los cacerolazos. (Cotarelo, 2002).

La apertura de la estructura de oportunidades actúa de este modo posibilitando la canalización de los problemas generados en la estructura. Tarrow plantea que esta apertura es el principal incentivo para la puesta en marcha de la acción colectiva, al generar recursos externos que facilitan la acción a sus participantes. La apertura de oportunidades opera en una dialéctica entre la “vanguardia”, que abre las posibilidades con su acción facilitando el terreno para que entren nuevas acciones; acciones que a su vez ampliarán las oportunidades a otros actores.

En los hechos que analizo la “vanguardia” estaría conformada tanto por actores organizados como por los primeros participantes “de a pie” que ponen en marcha acciones disruptivas. A riesgo de forzar los conceptos entiendo correcto ubicar como vanguardia tanto a actores previamente organizados, como también a actores cuya organización surge en los hechos mismos: por ejemplo las primeras personas que ocupan un banco. Entiendo que su organización como actor y las condiciones que les permiten llevar adelante su acción, surgen de la situación en la que se encuentran al estar reunidos durante horas dentro de un mismo lugar, con un problema común. De alguna manera vemos aquí como se difunden las oportunidades de la elite a la masa: no ha sido por decisión propia que esas personas se encuentran reunidas, sino más bien por la acción de la elite. Sin embargo es esta circunstancia creada por la elite la que permite a estos sujetos agruparse, identificar sus problemas comunes y ensayar soluciones. Así el conflicto institucional da oportunidades para organizarse y actuar. La audacia de estas primeras acciones a su vez muestra la vulnerabilidad del régimen, incentivando a otros a la confrontación.

En la difusión de la acción juega un rol fundamental la cobertura que hacen los medios de comunicación, sobre todo la televisión transmitiendo *en vivo y en directo*. Los medios operan como recursos externos para la organización de la acción, cultivando una conciencia colectiva y contribuyendo a la formación de consenso en la población alrededor de las acciones que transmiten, que difícilmente se hubiera podido lograr a través de redes sociales más estables, o de los recursos internos de los distintos movimientos.

Así la difusión de la acción de los disidentes permite el reconocimiento por parte de aquellos que, sufriendo los mismos agravios, aún no han pasado a la acción; promoviendo la identificación e imitación de los insurrectos. Ello hace posible coordinar las exigencias de los distintos sectores movilizados, sentando bases para la coordinación interclasista de la acción.

La fuerza singular que asumen estos hechos podemos verla en que la difusión de la acción y la identificación que promueve la transmisión que hacen los medios, alcanzan y motivan el paso a la acción de muchos sujetos. En la noche del 19 lo que sucede es que las personas que miran la TV en un momento dejan de verla para salir a la calle. Los testimonios al respecto dicen cosas de este tipo: “...*estábamos mirando lo que estaba sucediendo por la televisión cuando empezamos a escuchar las cacerolas en nuestros barrios. Así, dejando los televisores encendidos, salimos a la calle y nos encontramos con nuestros vecinos...* ”, y, “...*allí discutimos sobre qué hacer, algunos fuimos yendo en grupos hacia Plaza de Mayo...*”.

Llegamos de este modo al día 19 con una movilización que despliega una variedad de repertorios en la acción. Se producen marchas, concentraciones frente a distintas sucursales de las grandes cadenas de supermercados pidiendo alimentos, piquetes, cortes de rutas, “escraches”, cacerolazos, saqueos y

enfrentamientos callejeros de los manifestantes con las fuerzas de seguridad del Estado en distintos puntos del país. Las centrales sindicales declaran la huelga para los días siguientes pero ésta queda desbordada *de hecho* por las acciones callejeras.

Los repertorios conjugan acciones simbólicas y violentas, que estallan fácilmente pero no son generalmente rechazadas por la población, de forma que la acción colectiva genera consenso a pesar del incremento de la violencia. Estos distintos repertorios fueron creados por otros actores, en otras luchas, con diferentes objetivos; lo novedoso en estos hechos es que todos tienden a converger en la acción.

La acción despierta así a la memoria colectiva haciendo reaparecer consignas construidas en el pasado, para conjugadas con otras que van surgiendo en la lucha. Vale la pena citar a Tarrow cuando dice que “... los símbolos de la revuelta no se descuelgan por las buenas de un perchero cultural y se exponen, ya elaborados, ante el público. Tampoco los nuevos significados surgen de la nada. Los ropajes de la revuelta se tejen en una combinación de fibras heredadas e inventadas para formar marcos sintéticos en la confrontación con los oponentes...” (Tarrow, 1997).

Distintas acciones de distintos sujetos llegan así a coordinarse para llegar a constituir *un* hecho, alrededor de la identificación mutua de los problemas por parte de los participantes, y sobre todo a partir de la dinámica que adquiere la estructura de oportunidades que estos sujetos van reabriendo y reforzando con su acción.

La convergencia alrededor de la acción coordina entonces a nuevos actores con otros que ya vienen desarrollando acciones de protesta, y cuentan con algún grado de organización. La singularidad de estos acontecimientos y su fuerza como punto de inflexión, se encuentra en que la *unidad objetiva* del

proceso que genera los agravios en los distintos sujetos *pueden (re)hacerla los sujetos con su acción*; pese a estar mediada por las diferencias que hacen a las constituciones de identidad y a los diferentes ámbitos de acción de estos sujetos. Y esta unidad es reafirmada y *reconstruida en la conciencia*: así se escucha en las calles el grito de “*¡piquetes, cacerolas: la lucha es una sola!*”. Se organizan entonces nuevas identidades comunes sobre las que se construyen nuevos lazos de solidaridad en el curso de la acción.

Habría que distinguir de todos modos diferentes grados de organización. En los piquetes frente a los supermercados sí hay organizadores; en los hechos callejeros de la Capital Federal los organizadores, de haberlos, tienen características más difusas. Si se puede decir que son *madrugadores* los primeros vecinos que salen a las calles concentrándose en las esquinas de sus barrios, y marchando algunos hacia la Plaza de Mayo, no tienen el carácter de “organizadores” en el sentido que plantea Tarrow. Son más bien las bases sociales de posibles movimientos futuros comenzando a activarse. Estos vecinos tal vez se movilizan por ser parte de redes sociales preexistentes que estaban latentes, viejos militantes que se activan ante la apertura de nuevas oportunidades; otros en cambio comienzan a formarse a partir de estos acontecimientos, empezando a tejer y desarrollar nuevas redes sociales.

Es a partir de estos actores y de la acción que realizan en la noche del 19 que se conforma el saldo más novedoso de estos hechos, expresión y consecuencia directa de la acción colectiva -: la organización de las *asambleas populares*.

Las asambleas son nuevas redes sociales creadas en el curso de la acción, arraigadas en vínculos familiares y vecinales. De heterogénea composición social, en ellas confluyen ciudadanos sin experiencia política previa y militantes individuales de partidos políticos o de diferentes movimientos sociales. Las asambleas crean nuevas redes horizontales y recrean otras preexistentes, resignificándolas.

Hay que recordar que los habitantes de la Capital Federal se habían organizado apenas un año atrás utilizando repertorios modulares de acción, cuando se produjeron cortes de electricidad que se extendieron durante varios días. Seguramente hayan quedado entonces redes informales entre vecinos, que pueden haberse reactivado. En aquél momento estaba en juego la calidad de vida, y los vecinos se enfrentaron con una empresa privatizada distribuidora de energía eléctrica y con el Estado. No es entonces la primera vez que los habitantes de la Capital Federal, pertenecientes en su mayoría a las clases medias, se organizan ante un agravio y usan repertorios de acción creados por otros actores sociales, desafiando a las elites. Así se cuestionan códigos culturales a través de nuevas prácticas: un vecino de la Capital, de clase media, *también puede* hacer un piquete y cortar una calle, si se siente agraviado.

Llegamos a la noche del 19, cuando el gobierno anuncia la instauración del estado de sitio por cadena nacional. Entonces puede más la oportunidad abierta y el consenso para desafiar al poder del Estado, fundados en la confianza y solidaridad que despierta la acción - que a su vez diluyen el rechazo a la violencia -; que el miedo a la represión y a los rumores que circulan acerca de “hordas de saqueadores” que pasarían arrasando los barrios. Al tiempo que este anuncio se suma, casi provocativamente, a la larga lista de los agravios que fundamentan la acción.

Este movimiento se produce a mi entender alrededor de la convergencia entre los *saqueos* y las *cacerolas*. Ésta convergencia se produce cuando la población *que no saquea* puede resignificar los saqueos no en la clave de lectura con que los presentan los medios y el discurso oficial - mero enfrentamiento entre particulares -, sino como producto y consecuencia de *los mismos agravios* que están sufriendo ellos. Así se puede identificar *un* responsable de la situación de *todos* los agraviados. De este modo el enfrentamiento del estado de sitio - instaurado ante la propagación de los saqueos -, es ejercido por aquellos que haciendo esta lectura, encuentran un motivo más y una oportunidad para desafiar y enfrentar a los responsables de esa situación. De este modo los significados convergen al margen de

cualquier control entre las distintas redes sociales, formando un consenso alrededor de la situación que permite definirla colectivamente.

De esta manera se constituye una nueva identidad alrededor de un doble movimiento, en el que el ataque al “otro” que agravia - el Estado y el capital privado - identifica un responsable, permitiendo al mismo tiempo el autoreconocimiento de los agraviados como sujetos subalternos. Este movimiento es posible a partir de la ruptura de los consensos que hacen a la base de la hegemonía. La desidentificación respecto de los intereses dominantes, permite al mismo tiempo la identificación (*no libre de contradicciones*) como clases subalternas: “ todos somos agraviados” / “ que se vayan todos”, y la formación de consensos en torno a intereses propios.

Es a partir de esta visualización y a través de ella que se organizan nuevas formas de interacción entre los sujetos, modificando su propia visión de sí mismos hasta el punto de retomar los problemas en sus propias manos. Lo fundamental aquí es que esta identificación mutua solo puede darse en este momento a partir del resquebrajamiento de los lazos de dominación.

Se produce entonces un doble movimiento de desidentificación y *resubjetivación*. Ante la pérdida de confianza en la capacidad de los representantes para la resolución de los problemas de la comunidad, se organiza entre los vecinos la identificación y los intentos de resolución de éstos, en un movimiento en el que los participantes se posicionan como sujetos activos, resubjetivándose. Es la reconstrucción de la socialidad más primaria a partir del *reconocimiento* de una comunidad de intereses por parte de los actores, sentando las bases para la emergencia de objetivos comunes.

Puede surgir entonces un *objetivo común* a través del que se organizará el enfrentamiento. Y entiendo al mismo tiempo que este objetivo común funciona al mismo tiempo como *marco*, surgido de la

síntesis entre las luchas pasadas y presentes que se hace en la acción. Este objetivo común se sintetiza en una frase: “ *que se vayan todos*”, enmarcando la acción en una identificación de los agentes responsables, y proponiendo al mismo tiempo una solución para terminar con los agravios. Es una exigencia común a los adversarios: “que se vayan”. Y este objetivo común es al mismo tiempo la razón que los sujetos encuentran para actuar, arriesgándose incluso a morir.

Si bien no puede pasarse por alto el carácter negativo de este objetivo en la medida en que no propone más que “*que se vayan todos, que no quede ni uno solo*”; su carácter fundamental reside a mi entender en que permite a los sujetos posicionarse, organizando alrededor de éste el reconocimiento y vinculación de sus situaciones. En este sentido entiendo que el análisis de este objetivo, aunque pueda ser rudimentario y fuertemente limitativo, debe asimismo considerar positivamente las posibilidades que abre.

En este sentido es posible que las “víctimas” del modelo comiencen con estos hechos, a converger alrededor de la constitución de un nuevo sujeto a partir de su integración en el proceso de luchas, desde donde pueden identificarse, así como identificar a sus “enemigos”.

A través de los elementos analizados hasta aquí, y teniendo en cuenta las herramientas conceptuales que propone Sidney Tarrow, puede plantearse que estamos en presencia de un *ciclo de protesta*, en la medida en que todos los elementos que integran este concepto están presentes en los hechos que analizo: se intensifica el conflicto y la interacción entre los disidentes y el Estado, se expanden los repertorios de confrontación, aparecen nuevas organizaciones y se refuerzan aquéllas que ya existen, se crean nuevos marcos maestros y la magnitud de la acción colectiva supera sus niveles tanto anteriores como futuros. Se extiende la proclividad a la acción colectiva a grupos que no están

directamente relacionados entre sí - a raíz del éxito de la acción -; y se extiende esta proclividad también a los antagonistas, que generan contramovimientos.

Respecto de esto último cabe destacar que la acción de represión sobre los manifestantes no puede acotarse exclusivamente al aparato represivo del Estado, en tanto además de su accionar institucional, algunos de sus miembros y otros particulares atacaron abiertamente a la multitud, generando de esta manera más de 30 muertos civiles durante estas jornadas, 5 de los cuales murieron en los combates callejeros de la Capital Federal.

Este ciclo alcanzará su clímax el día 20, cuando crecen las acciones espontáneas de violencia callejera. Su espontaneidad es no obstante claramente enfocada hacia ciertos objetivos. Entre las personas, son atacados de distinta manera algunos miembros de los partidos políticos y funcionarios que se atreven a acercarse a la multitud, o que intentan sumarse a ella. Los daños ocasionados a la propiedad privada también muestran que la violencia fue selectiva: son atacados fundamentalmente locales de bancos privados, AFJP, aseguradoras, “Mc. Donald’s”, sucursales de empresas de servicios privadas. De esta manera el enfrentamiento se dio en todos los campos, no solo en el Estado. Algunos grupos se dirigen también hacia los medios de comunicación: hay movilizaciones hacia algunos canales de televisión con cantos y graffitis que dicen *“transmitan carajo, la lucha está acá abajo”*.

Esta larga jornada concluye con la renuncia del hasta entonces presidente de la nación Fernando De la Rúa. A partir de entonces la acción comenzará a perder intensidad respecto de este pico máximo, a pesar de que continúan los enfrentamientos durante algunas semanas más.

Entiendo que esta distensión es producto de la conjunción de varios factores. Principalmente la crítica magnitud que asumieron los hechos producto del poder ejercido por la acción, expresada en la

renuncia del presidente de la nación. Es este un hecho fuertemente simbólico y absolutamente inédito que satisface – aunque parcialmente - el objetivo de “*que se vayan todos*”.

Ante esta situación la ausencia de otros objetivos que impliquen un proyecto a desarrollar, así como la falta de una dirección que contenga y dirija la acción – la organización y planificación del ejercicio del poder popular -, pueden ser factores que limiten la capacidad y la voluntad de los participantes para seguir llevando adelante la acción.

Junto a ello entra en juego aquí el reajuste que se produce en el poder político del Estado luego de la renuncia de De la Rúa, de manera que las oportunidades vuelven a trasladarse rápidamente hacia las elites, desde donde se comienza a ensayar la reorganización del poder del Estado. Hay que resaltar de todas maneras que ésta no resultó una tarea fácil para la elite: la disrupción y el desafío populares siguieron planteados prácticamente en los mismos términos hasta el mes de enero.

La acción colectiva analizada comparte una serie de rasgos que es necesario conceptualizar. Hubo coordinación en la acción sin una voluntad particular que la organizara. Fue un desafío colectivo con objetivos comunes y potenció solidaridades en tanto salió gente a la calle y siguió saliendo gente a la calle a medida que se reprimía. Entonces surge la pregunta: ¿que implican estos elementos de movimiento social en una acción colectiva “desorganizada”, “espontánea”?

Tengamos presente que el conflicto se difunde en *todo* el territorio nacional, donde se encuentran agraviados prácticamente *todos* los sectores sociales. Y es este desafío colectivo desde diferentes ángulos lo que genera el *poder* de la acción colectiva, centrándose en las solidaridades que activa, cobrando significado en el seno de la población. El conflicto, conformado por distintos sectores *interdependientes* entre sí se ubica en el plano *nacional*, donde el enfrentamiento asume un carácter netamente *político*: éste

ya no responde a demandas corporativas sino que es una voluntad colectiva organizada alrededor de una identidad - “argentinos” - enfrentando principalmente al poder político del Estado. Son estas características, junto a la rapidez con que se difunde la acción alrededor de los mismos repertorios en diferentes puntos del país, los que permiten identificar los hechos como una *insurrección*.

La identidad que sintetiza en esta acción no trasciende la identificación de los manifestantes más que como “argentinos”, las únicas banderas que se ven en las calles son banderas argentinas, los gritos de “*que se vayan todos*” se alternan con los de “*¡Argentina!, ¡Argentina!*”. ¿Cuál es el motivo de esta síntesis primaria?

Tarrow señala tres elementos en la organización de la insurrección de París en 1851. Utilizando este análisis como guía es posible, comparativamente, encontrar sin mayor dificultad dos de esos elementos en las jornadas de diciembre de 2001: el primero, la presencia de al menos algunas organizaciones formales en la acción; el segundo, algunas redes sociales informales en la base de la acción; ahora, el elemento que vincula a estos anteriores, y que Tarrow llama *estructuras conectivas de movilización*, si bien pueden reducirse hasta relaciones formadas por contactos interpersonales, es más difícil de establecer en estos hechos.

La ausencia de estas estructuras podría entonces explicar el hecho de que la identidad no trascienda más allá de aquello que todos los individuos *ya tienen en común*, al no haber conexión orgánica entre las organizaciones del movimiento. De todas maneras, y en un sentido diferente es destacable también que se organice la acción alrededor de la identidad nacional en un contexto de saqueo caracterizado por la transnacionalización, la dependencia y el avance de los poderes externos sobre la soberanía nacional. Esta ausencia puede explicar al mismo tiempo los límites que encuentra la acción para seguir desarrollándose.

## *Un nuevo escenario*

De este modo resulta interesante indagar que dimensiones se disparan a partir de estos hechos. En la lucha estuvieron en juego elementos muy poco racionales, y no por ello poco humanos: el reconocimiento en los otros, despertando solidaridades y sentidos grupales; a partir del enfrentamiento organizado alrededor de un objetivo común. Haciendo un juego de palabras podría preguntarse: ¿ que es lo más trascendente en estos hechos?, ¿ La identificación de un *objetivo*, o su carácter *común*?

Los objetivos del enfrentamiento fueron varios, inscriptos en diferentes ámbitos. Hubo objetivos planteados por el combate callejero – podríamos llamarlos ‘materiales’ - como resistir la represión y enfrentarla, ocupar y recuperar la Plaza de Mayo ante los sucesivos desalojos que hicieran de ella las fuerzas de seguridad, causar daños materiales a los “enemigos”. En términos más globales, los que podrían llamarse objetivos ‘políticos’ giraban alrededor del enfrentamiento al poder establecido - expresado en el desafío al estado de sitio en los combates callejeros -, que se vaya Cavallo, que se vaya De la Rúa, que se vayan todos...

¿ Y lo común? Lo común refiere al *reencuentro* en los otros, a los sentidos comunitarios de identidad, valores y aspiraciones grupales emergentes. Es el reconocimiento colectivo alrededor de una identidad, aunque sea tan primaria como la de “pueblo argentino”, recobrando el sentido de pertenencia luego de años de enajenación e individualización, cuyas consecuencias destructivas estallaron justamente abriendo la ventana que dio oportunidad a la acción.

Se hace posible así ser nuevamente sujetos y no objetos de la historia, produciendo la ruptura de la dominación de los cuerpos, mediante la catarsis que implica el “frenesí de la turba”. Fue rudimentario el

grito de “*basta*” durante estas jornadas. Posiblemente este carácter primitivo sea consecuencia del grado de despojo al que se ha llegado, de la profundidad estructural que asume la crisis en todos los ámbitos de la sociedad; y de la consiguiente necesidad de los sujetos de retomarse desde lo más primario, ante la carencia de otros elementos que permitan síntesis colectivas.

Aquí entra en juego la ruptura de la dominación que comenzó en el golpe de 1976. De alguna manera los hechos de diciembre de 2001 fueron la síntesis de las heridas que se abrieron entonces. Primero, atomizados por el miedo y la tortura física; el remedio más directo para los males más políticos, represión acorde a la organización popular, principio de la destrucción. Luego, domesticados y atemorizados, dominados por la individualización y la “realización” alienada del consumo durante el apogeo neoliberal; refinamiento de la dominación vía consentimiento de los dominados.

Alrededor del objetivo en común de los manifestantes estuvo en juego entonces la ruptura de la dominación por el miedo y *también* por el consenso, expresada ésta última en la apatía y la pasividad en cuyo seno, esta claro, no fue posible la realización de la mayoría de la población. Y si mientras esta desafección duro, en pleno auge de la Convertibilidad y retorno del consumo durante la década pasada, no obstante la mayoría de la población era al mismo tiempo despojada de los niveles de calidad de vida, trabajo y ocio de los que gozara hasta entonces, habría que indagar las causas que llevaron a este cambio en las percepciones de la situación por parte de los sujetos.

Es posible pensar esta cuestión desde una serie de ángulos, además del cataclismo económico que dispara la acción. También es posible a partir de las vivencias que experimentan los sujetos alrededor de sus propias condiciones de vida. Cuando el círculo de los “excluidos” se amplía día a día, haciendo de la falta de trabajo un problema real para la mayoría de la población, y no solo para los sectores que sufrieron

directamente la destrucción de sus puestos de trabajo, cuando el deterioro del sistema de bienestar social sufre un proceso concomitante y así el conjunto de las condiciones de vida de la población, borrando las fronteras entre las clases subalternas – en tanto perdedoras netas en este proceso -; se generan condiciones que permiten ampliar la percepción de los agravios entre la población.

Reencontrarse habla entonces de verse, de resubjetivarse; entonces lo del frenesí de la turba no es aleatorio aquí: para romper la dominación por el miedo sobre el cuerpo es necesario verse y reencontrarse con el otro. Es necesario *poner el cuerpo* para poder reapropiarse de ese cuerpo. Entonces lo de *común* pasa por allí, por la reedición de lazos comunitarios a partir de la acción.

Un participante de estas jornadas cuenta que lo más impresionante que siente en el enfrentamiento de la multitud con la policía en la calle durante la tarde del 20 de diciembre son los gritos y el movimiento en conjunto de esa misma masa de miles de personas hacia adelante para atacar, y luego replegarse como un solo ruido: “*vamos, vamos, vamos...*” y un mismo movimiento. Esta descripción habla de algo muy primitivo y muy catártico, habla de sentirse parte, de perder la individualidad en una masa con una voluntad y un objetivo comunes, desde la posición del cuerpo *colectivo*. Y es la solidaridad que genera este objetivo común lo que permite la coordinación de la acción callejera, a pesar de la heterogeneidad de sujetos que la llevan adelante.

Y debe ser desde aquí que se modifican también prácticas individuales, como recuperar la mirada en las relaciones con los otros. Entiendo que esto refiere al reconocimiento en el otro, a la recuperación de parte de la humanidad, a un movimiento primario de desalienación. Así los vecinos organizados en asambleas en la Capital Federal comienzan a promover prácticas comunitarias, como por ejemplo la selección de la basura que ellos producen, pensando no solo en ellos y en la limpieza de sus barrios, sino

también en aquellas personas que ven todos los días seleccionar la basura con sus manos en busca de algo que aún pueda ser útil.

De este modo, estos núcleos de organización elaboran discursos públicos que se expresan en distintas prácticas comunitarias que llevan a cabo colectivamente, como la organización de festivales, murales, charlas, ciclos de cine, colectas, comedores barriales, etc. En un movimiento de recuperación y creación de espacios públicos comunitarios, que va en camino de impactar sobre las identidades colectivas.

No obstante al trasladarse las oportunidades nuevamente a las elites, éstas se apropian de los resultados de la acción transformando las prácticas allí surgidas, e institucionalizándolas. (No es aleatorio que luego de esta acción de los vecinos alrededor de la basura, el gobierno de la ciudad de Buenos Aires lance una campaña promoviendo la selección de los residuos.)

Cuando las oportunidades retornan de los manifestantes a las elites comienza el declive del ciclo. Así, el saldo de los acontecimientos cataliza en reformas o en proyectos de reformas dentro del sistema, a partir del reacomodamiento de las elites al frente de la situación. De todos modos el éxito de la disrupción jaqueando al poder del Estado persiste en la memoria colectiva y en la memoria de la elite, como producto del poder de la acción.

De esta manera el ciclo es un momento de siembra, en palabras de Tarrow, cuyo poder es acumulativo. Así puede explicarse el nuevo mapa que queda conformado. Los conflictos que venían desarrollándose con anterioridad a estos sucesos desde las acciones de protesta y resistencia de diferentes sectores populares, asumen después de estos hechos una nueva centralidad.

Al mismo tiempo los efectos del ciclo se traducen en un crecimiento de la politización entre distintos sectores de la sociedad. Este efecto se ve claramente a través del fenómeno de las asambleas populares, abrevaderos de nuevos sujetos dispuestos a la participación. Al mismo tiempo puede verse un crecimiento de los movimientos sociales y de los grupos políticos existentes, a los que les resulta más fácil sumar nuevos miembros o adherentes. Las redes creadas en el curso de la acción quedan asimismo disponibles para activarse ante acciones futuras, donde la solidaridad entre estos grupos y otros que se encuentren ante otras luchas se despertará más fácilmente.

Entonces los hechos de diciembre no corren a mi entender el riesgo de desvanecerse necesariamente en resentimiento individualista. Al contrario, si bien no dan lugar inmediatamente a un movimiento social sintético, se desmembran en redes, núcleos más reducidos pero organizados que pueden ser los gérmenes de futuros movimientos sociales, o semilleros para los movimientos presentes.

Las asambleas ante nuevos hechos volverán a salir a la calle con una identidad en conformación, solidarizándose con otros sectores. Es posible que éstas estén conformando un movimiento social en tanto intentan mantener una secuencia de interacción con los oponentes y las elites en la acción. De hecho, a un año y medio de su gestación aún existen, y han desarrollado lazos con otros sectores sociales, organizaciones y movimientos.

Desde este ángulo puede decirse que suman un ingrediente novedoso al mapa de los movimientos, en el que se multiplican los intentos y las prácticas de coordinación y solidaridad.

Respecto de la crisis política, es cierto que los hechos del 19 y 20 son su producto antes que su desencadenante. Pero al mismo tiempo hay que pensar, respecto a los fundamentos crecientemente secretos que asumen las políticas del Estado, si la insurrección de diciembre no estrecha y jaquea

justamente estos fundamentos, en la medida en que aparecen nuevas críticas y prácticas que los cuestionan directamente. Continuando, habría que pensar entonces cómo el cuestionamiento que genera la visibilidad de la crisis y sus contradicciones incide en la profundización de ésta, dificultando el funcionamiento de los mecanismos ideológicos que sostuvieron hasta entonces la crecientemente secreta democracia representativa.

De esta manera los hechos de diciembre al mismo tiempo que son expresión y consecuencia de la crisis, plantean y generan también una ruptura a través de la acción colectiva, que operará abriendo nuevas posibilidades para la resolución y la construcción de consenso. Luego de estos hechos cambiaron los marcos en que se inscriben las acciones colectivas. Puede decirse que se corren los límites, y hoy los consensos deben abarcar cuestiones que hasta entonces no estaban contenidas en los pactos. Ese es el desafío que encuentra hoy la clase dominante para recomponer su hegemonía.

De ese modo, si la acción colectiva deja como legado una ampliación de los marcos culturales, de los contenidos que constituyen el sentido común, el saldo de esta acción es la incapacidad para seguir conteniendo *de la misma forma que hasta entonces* al sentido común en los pactos en que se basa el consenso de la dominación.

Tras la activación de identidades que produce la acción, aparece la disputa alrededor de los símbolos y los caracteres comunes que estos contienen. Se produce un renacimiento de la identidad nacional en los discursos y en los símbolos que construyen los distintos actores. Quienes lo enarbolan no son sólo los sectores populares sino también y sobre todo la burguesía y el Estado. Es la disputa por la reapropiación y reconstrucción de identidades por parte de los sujetos subalternos, y es la disputa por la recomposición de la hegemonía de la clase dominante. Es en suma una disputa entre las clases, en pos de la reconstrucción y reformulación de los consensos dominantes que se han roto.

¿Pero cómo se ha transformado el sentido común? La ruptura de la fórmula que marco a los '90 - "consenso más ajuste" - produce en los sujetos subalternos la posibilidad de vislumbrar mejor las contradicciones y límites sobre los que se basa este sistema, al tiempo que se transforman las subjetividades. Es cierto que esta afirmación puede ser producto de un análisis hecho en el "momento de locura", cuando, como señala Tarrow, pareciera que la acción colectiva tiene la capacidad de poner el mundo del revés; por ello, si bien entiendo que contiene elementos de verdad, al mismo tiempo hay que pensar que la capacidad de realización de ello depende, y en este caso dependió, de la rapidez con que aparecieron y se cerraron las ventanas de oportunidad.

De este modo, los motivos de la crisis y sus canales de resolución, junto al reconocimiento de la capacidad transformadora de la acción por parte de los sujetos - el poder del movimiento - al mismo tiempo que visualizados, encuentran sus límites en las características que asumió la dinámica cambiante de la estructura de oportunidades políticas.

Siguiendo entonces, ¿cómo se resuelve este ciclo? Con reforma o con represión, y muy a menudo con ambas señala Tarrow, y la combinación de ambas caracterizan entonces la disputa al interior de las elites, tiñendo las políticas que se desarrollaron bajo el gobierno de Duhalde que logró constituirse como principio de salida a la crisis; así como caracterizan también el eje que orientó finalmente el proceso electoral presidencial en el corriente año.

Las luchas en juego son luchas por el poder y así se expresaron objetivamente: como luchas políticas, cuyo contenido en las jornadas de diciembre fue enfrentar expresamente a la clase política en tanto es funcional al rol asumido por el Estado como garante de los patrones de reproducción del sistema económico.

Y si este enfrentamiento no es necesariamente consciente, en tanto fue disparado por hechos mucho más concretos e inmediatos; no obstante la acción ejerce objetivamente un cuestionamiento a este rol del Estado, aunque los sujetos no lo expresen así directamente, en todos sus actos o en su discurso. Lo que el enfrentamiento permite es la posibilidad de incorporar estos elementos a la conciencia, concretamente a través de la acción.

Estos hechos hablan del estado actual de la lucha de clases, en un proceso en que la disolución de sus lazos “clásicos” de estructuración y sus relaciones de enfrentamiento se ven modificadas respecto de sus patrones históricos anteriores; donde se encuentra asimismo modificada la mediación que ejerce el Estado, siendo al mismo tiempo mas secreta y más visible; de modo que al enfrentar al Estado en su función y contenido histórico concreto desde un cuestionamiento político hay un movimiento en la lucha, un paso adelante respecto de la situación anterior de desafección de la mayoría de las clases subalternas. En este movimiento la ciudadanía rasga los velos que ocultan el carácter de clase del Estado. La respuesta no se hace esperar y de un modo u otro las elites articulan una nueva posición.

¿Cómo queda el campo? Con una nueva posición de los sujetos: entre los subalternos las acciones de esos días operan recomponiendo desde sus raíces más primarias el tejido social, las solidaridades, la propia visión de sí de los sujetos, de sus pares y de sus oponentes.

De esta manera es en el campo de las mediaciones, de las representaciones y de las visiones del mundo, donde opera la acción colectiva produciendo el conflicto, el enfrentamiento y la crisis; y la crítica que ello produce habla de distintas maneras acerca de un movimiento primario de desalienación.

De aquí la conclusión de que no necesariamente la crisis del sistema político y la desmovilización generan desafección y sí lo contrario: involucramiento y una nueva politización a partir de las oportunidades planteadas por la acción colectiva

La apatía fue - a partir de las oportunidades políticas, del agotamiento de los mecanismos de ocultamiento y el afloramiento de las contradicciones - trastocada en compromiso, en involucramiento, en resubjetivación. Dejando un saldo positivo de construcción de lazos entre los distintos sujetos y una acumulación y clarificación en la conciencia cuyo contenido es la visibilidad de las contradicciones, la no-creencia y el no-otorgamiento de consenso a los mecanismos de dominación.

Es posible pensar por ejemplo la lucha alrededor de los significados y los procesos de resemantización que disparan las prácticas sociales. Cuando los miembros de las asambleas dicen que hacen y discuten “política”, en contra del significado negativo otorgado y construido desde las elites a partir del vaciamiento y la “crisis de la política” donde política es sinónimo de corrupción; se hace visible el influjo de la práctica sobre las convenciones, se ve el desplazamiento de los límites del campo de la política en este caso.

En este sentido puede pensarse en eso de “lo impensable se hace posible” que plantea Bourdieu, cuando estamos ante la presencia de asambleas populares, fábricas ocupadas, en fin, emergentes impensables en el pasado inmediato anterior. Se puede decir entonces que se amplía el campo de posibilidades a partir de las relaciones que se establecen entre la conciencia y la práctica, donde el saldo de los hechos deviene entonces en la resubjetivación de los actores subalternos, y en la inminente apertura de un proceso de reforma que asumiría otras características si no hubiera sido disparado por la acción colectiva y el consenso de la mayoría de la población.

### *Algunos comentarios finales*

Cuando comencé la escritura de este trabajo los hechos de diciembre de 2001 eran recientes, y su presencia en la memoria del poder, en los medios y entre la población en general no estaba aun diluida ni sus implicaciones aun completamente resueltas.

Entiendo que una lectura desde la actualidad nos obliga a pensar el desarrollo subsiguiente de los hechos, el lugar que ocupan hoy aquéllas acciones colectivas, así como necesariamente sus relaciones con sus interlocutores, y las acciones de estos.

En este sentido cuando planteo centralmente el lugar que ocupa la crisis que en diciembre de 2001 sufren los mecanismos de dominación, y la consiguiente ruptura de los lazos y consensos sobre los que esta se funda; es asimismo necesario pensar como a partir de las acciones de la clase dirigente esta puede recomponerse y al mismo tiempo dejar trancos los objetivos que movilizaran la acción de diciembre de 2001: “ que se vayan todos”. Al mismo tiempo este planteo conduce a indagar también acerca de los motivos que generan el consentimiento de los dominados. Aquí entran en juego un conjunto de variables que no es posible analizar en este momento, pero que dejan abiertas una serie de preguntas: ¿es la ausencia de otros objetivos comunes entre los subalternos lo que conduce a la recomposición de la dominación cuando las elites retoman la iniciativa? , ¿la disposición a introducir algunas reformas sobre todo en el ámbito institucional que presenta el gobierno actual, es suficiente para saciar las expectativas que estuvieron en juego en los hechos de diciembre? , ¿o acaso, como algunos autores plantearon, el mismo carácter “negativo” del objetivo de “que se vayan todos” provoca la necesidad de que “algunos se queden” porque las consecuencias que provocaría un vacío real del poder son aun mas siniestras?. La lista de interrogantes continúa, sin duda, pero es necesario ahora señalar una serie de cuestiones.

En primer lugar considero que es fundamentalmente la conjunción de una serie de actitudes reformistas que asume el gobierno actual conjugada con la ausencia de otros objetivos que trasciendan el “que se vayan todos” lo que genera de alguna manera esta “tregua” en el desarrollo de los hechos. En última instancia la reacción de diciembre de 2001 fue motivada por sensaciones generalizadas de injusticia sobre las que un proceso de reformas, o al menos, la promesa de éste, puede generar expectativas de resarcimiento.

Ahora, no obstante el carácter fuertemente limitativo del objetivo de “que se vayan todos”, considero particularmente positivas las posibilidades que abre en tanto permite la constitución de un nosotros que permite trascender la fragmentación entre las clases subalternas. En este sentido, estoy de acuerdo con Raúl Fradkin cuando señala esto contra los análisis que solamente plantean – temerariamente – el carácter negativo de este objetivo.

Prosiguiendo con Fradkin encuentro una diferencia en torno a la conceptualización de los hechos cuando el plantea que de llamarlos insurrección, ésta sería una insurrección fallida. En torno a su capacidad para disputar el poder a las elites y ejercerlo, por parte de las clases subalternas, concuerdo en que fue una insurrección fallida; de otro modo se habrían modificado las relaciones de poder fundamentales en la sociedad, hecho que desde ya, no ha sucedido. De todos modos entiendo que se encuentran presentes elementos insurreccionales en los hechos que permiten esta caracterización, mas allá de los resultados de éxito o fracaso, que desde ya no son acabados, dado que estamos analizando procesos sociales.

De todos modos, y para concluir, considero validas las líneas de análisis aquí esbozadas, a pesar de que el paso del tiempo coloque nuevamente las oportunidades del lado de las elites y sean éstas

quienes retomen la iniciativa; teniendo en cuenta que los ciclos de protesta son, como señala Tarrow, momentos de siembra, cuyos frutos no son desde ya inmediatos.

\* \* \*

Cecilia Costa Alvarez / otoño, primavera 2003

## BIBLIOGRAFÍA

- Auyero, Javier. La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática, Libros del Rojas. Universidad de Buenos Aires, 2002.
- Basset, Yann. *Abstención y voto negativo. De la interpretación sociológica a la lógica política*; en Cheresky, Isidoro y Blanquer, Jean-Michel, compiladores. De la ilusión reformista al descontento ciudadano, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre. El sociólogo y las transformaciones recientes de la economía y la sociedad, Libros del Rojas. Universidad de Buenos Aires, 2000.
- Bourdieu, Pierre. Cuestiones de Sociología, Ed. Istmo, Madrid, 2000.
- Cotarelo, María Celia. *La insurrección espontánea de diciembre de 2001*, en Revista Herramienta N° 19, Buenos Aires, Otoño 2002.
- De Lucía, Daniel. *La revuelta de diciembre: hipótesis y perspectivas*, en Revista Herramienta N° 19, Buenos Aires, Otoño 2002.

- Garretón, Manuel. *La transformación de la acción colectiva en América Latina*, en Revista Trampas (de la comunicación y la cultura), Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Año II, N° 10, Febrero 2003.
- Herrero, Fabián. (compilador) Ensayos sobre las protestas sociales en la Argentina. Piquetes y cacerolazos en el marco de la caída del gobierno de Fernando de la Rúa, Editorial de la Universidad nacional de Lanús, Banfield, 2002.
- Holloway, John. *¡Que se vayan todos!*, en Revista herramienta N° 20, Buenos Aires, Invierno 2002.
- 
- López Collazo, Nestor. *Entrevista: Asamblea popular del barrio de Liniers*, en Revista herramienta N° 19, Buenos Aires, Otoño 2002.
- Meiksins Wood, Ellen. Democracia contra capitalismo. La renovación del materialismo histórico, Ed. Siglo XXI, México DF, 2000.
- Meiksins Wood, Ellen. *Trabajo, clase y estado en el capitalismo global*, tomado de Rising from the Ashes: Labor in the Age of Global Capitalism. Editado por E. Meiksins Wood, P. Meiksins y M. Yates, Monthly Review Press, New York. Traducción de Florencia Enghel.
- Pucciarelli, Alfredo. La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual, Libros del Rojas. Universidad de Buenos Aires, 2002.
- Sarlo, Beatriz. *Prólogo a la edición en español. Raymond Williams: del campo a la ciudad*, en Williams, Raymond. El Campo y la Ciudad, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Tarrow, Sidney. El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política, Ed. Alianza, Madrid, 1997.

\* \* \*

